



**ESPECIAL JÓVENES**

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA del CIELO

**Año VIII**

**Nº 06**

**18-NOV-2018**

## VAMOS A HABLAR DE LA IGLESIA Y DE SUS COMIENZOS: SAN PABLO (6)

Pablo era de una familia acomodada de Tarso, ciudadano romano. Saulo cuando tenía unos 15 años fue a estudiar a Jerusalén, allí aprendió también un oficio, el de hacer tiendas de campaña. Se formó en las tradiciones y culturas judaicas, romanas y griegas. En el año 35 Saúl aparece como un recto joven fariseo, fanáticamente dispuesto contra los cristianos. Saulo estuvo presente cuando San Esteban, el primer mártir, fue apedreado y muerto, parece ser que aprobándolo.



«Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al Camino, hombres y mujeres. Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que le decía: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?». Dijo él: «¿Quién eres, Señor?». Respondió: «Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer». Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano hasta Damasco.

Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber. Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor lo llamó en una visión: «Ananías». Respondió él: «Aquí estoy, Señor». El Señor le dijo: «Levántate y ve a la calle llamada Recta, y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Mira, está orando, y ha visto en visión a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista». Ananías contestó: «Señor, he oído a muchos hablar de ese individuo y del daño que ha hecho a tus santos en Jerusalén, y que aquí tiene autorización de los sumos sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre». El Señor le dijo: «Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre».

Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo». Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas, y recobró la vista. Se levantó, y fue bautizado. Comió, y recobró las fuerzas.» (Hechos 9, 1-19).

Saulo desde ahora se llamará con el nombre romano Pablo: Nunca descansó, trabajando en predicación, escritos, fundaciones de iglesias, largos y múltiples viajes por tierra y mar (al menos cuatro viajes apostólicos), tan repletos de aventuras, que son emocionantes. Él mismo nos dice que fue apedreado, azotado, naufragó tres veces, aguantó hambre y sed, noches sin descanso, peligros y dificultades y fue preso.

En cuanto a su predicación S. Pablo dice en Gálatas 1, 11-12: «Os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí no es de origen humano; pues yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo.».

Pablo inició su predicación en Damasco. Tuvo que escaparse dejándose bajar de la pared de la ciudad en una canasta, porque los judíos ortodoxos le querían matar. Viajó a Antioquía. Fue aquí donde los discípulos de Jesús fueron llamados cristianos por primera vez; navegó a la isla de Chipre; en Asia Menor, cruzó las Montañas Taurus y visitó muchos pueblos del interior. En Antioquía de Pisid, Pablo lanzó un discurso memorable a los judíos, concluyendo con estas palabras: «Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la Palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y vosotros mismos no os juzgáis dignos de la vida eterna, mirad que nos volvemos a los gentiles. Pues así nos lo ordenó el Señor: Te he puesto como la luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta el fin de la tierra.» Hechos 13,46-47.

También viajó a Frigia, a Galacia, a Troas, y a Filipos en Macedonia. Predicó en el Aerópago de Atenas; Estuvo en Corinto en el mismo corazón del mundo greco-romano. Fue puesto en prisión en Cesárea. Apeló al Emperador, pues era ciudadano romano y fue llevado a Roma. Parece que tuvo éxito en su apelación y siguió viajando. En Roma de nuevo, sufrió martirio al mismo tiempo que el Apóstol Pedro. Por ser ciudadano romano no fue crucificado, sino degollado.

Sus restos junto con los de San Pedro están bajo el altar mayor de la Basílica de San Pedro en el Vaticano, sede de la Iglesia Católica.

\* Texto tomado de los Hechos de los Apóstoles y de Historia de la Iglesia, de Juan María Laboa.